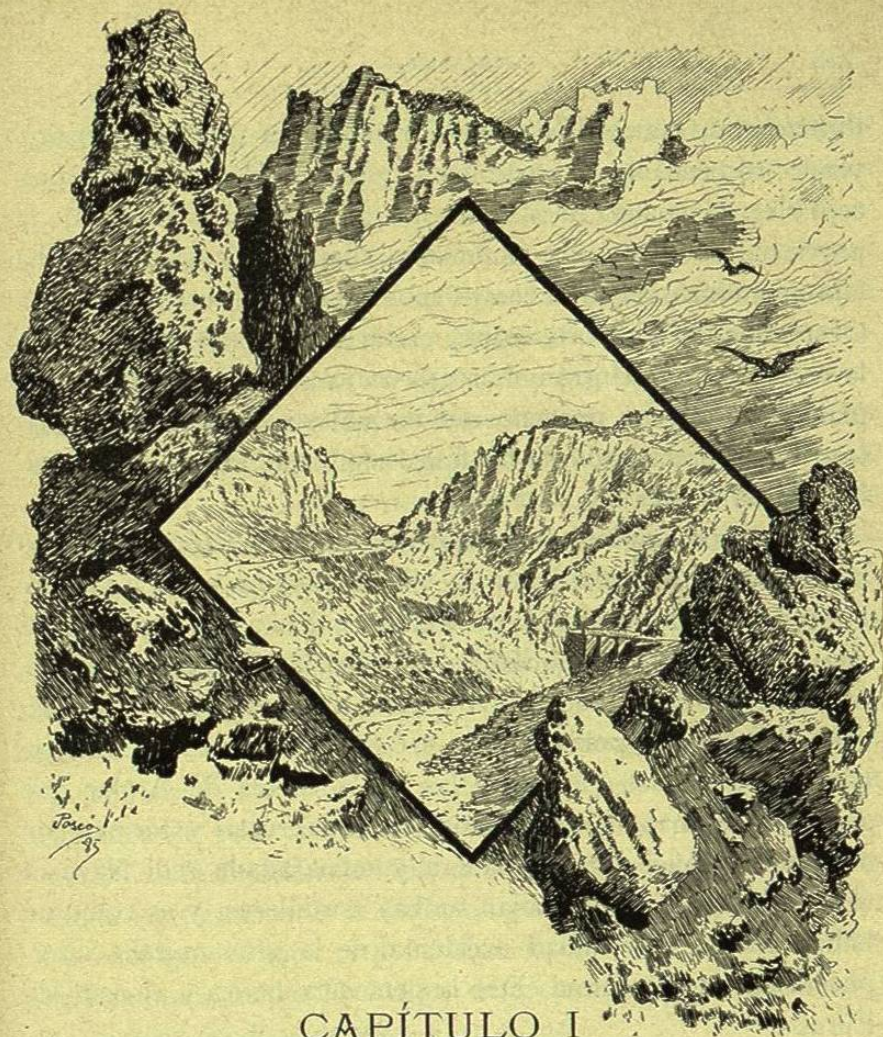


NAVARRA



CAPÍTULO I

Cuadro general geográfico. — Orografía. — Hidrografía.
Flora y fauna navarra

LA provincia de Navarra, antiguo reino del mismo nombre, dividida en las cinco merindades de Pamplona, Estella, Tudela, Sangüesa y Olite, forma entre los Pirineos y el Ebro, y entre Aragón, Guipúzcoa y Álava, un cuadrilátero irregular con muchas entradas y salidas. Las tres cuartas partes de su superficie son de tierra áspera y quebrada, como que entran en la

formación de las cordilleras del Pirineo y sus ramales, constituyendo, respecto de la parte llana, grandes diferencias, tan perceptibles en cuanto al sistema orográfico é hidrográfico de la provincia, como en sus fenómenos climatológicos. Una ancha faja numulítica, en cuyo centro está Pamplona, corre de Este á Oeste dejando al Norte masas cretáceas y graníticas que puso la naturaleza en el gran muro pirenaico, y dilátase al Sur la planicie de terreno mioceno que da majestuoso lecho al caudaloso Ebro, precipitado de las fragosidades de los montes cántabros hacia el mar Mediterráneo.

La mayor longitud de la provincia desde la barca de Endarlaza, sobre el Bidasoa, hasta la villa de Cortes, es de 147 kilómetros, y desde el mojón de Petrejem hasta los confines de Álava y Castilla en la cordillera del cerro de Cantabria, de 130. Su superficie mide unos 10.200 kilómetros cuadrados, espacio ocupado por una población de 316.899 habitantes (1). Las estribaciones de los Pirineos y las de la Sierra de Aralar que separa á Navarra de Guipúzcoa, se entrecruzan y forman con sus intersecciones una verdadera y enmarañada red. Navarra ocupa el ángulo que dibujan ambas cordilleras, y es como un baluarte en la extremidad occidental de la gran muralla interpuesta por la naturaleza entre la península ibérica y el resto de Europa.

Concíbese que una región tan montuosa como la del norte y centro de esta provincia tenga sus pobladores diseminados en infinitos valles, más ó menos elevados, bañados por multitud de regatos, arroyos, riachuelos y toda especie de aguas corrientes; y también se comprende que sea pobre en productos agrícolas, y de consiguiente escaso en centros de población, un suelo tan cortado por áridos peñascales.

En el sistema orográfico de esta tierra descuellan como

(1) Según el *Censo de la población de España*, formado en 1877 por la Dirección general del Instituto geográfico y estadístico, y declarado oficial por Real Decreto de 11 de Mayo de 1883.

montes principales: la Sierra de Aralar, al oeste, dominando los valles de Aráiz, Aráquil, Borunda y Ergoyena; las sierras de Andía, Encía y Urbasa, al mismo lado; los montes de Aezcoa, al nordeste, con su famoso bosque de Irati, antiguamente muy codiciado de la marina real por la incomparable magnitud y lozanía de sus árboles, y con sus puertos de Alzatea, Olamendía é Ibañeta, que hacen un papel muy principal en las ya seculares contiendas sobre límites entre España y Francia; la sierra de Alaiz, al mediodía de Pamplona, señoreando los valles de Elorz y de Orba; los montes de Eugui, al nor-nordeste de la misma capital, en que tienen aprovechamientos los lugares de Eugui, Erro, Iragui y Cilbeti; los montes llamados Herreguerena y Arteseaga, de seis á siete leguas de circunferencia, que confinan con los Alduides y los términos de Olagüe, Esain, Burtain, Etulain, Egozcue, Arizu y Leazcue en el valle de Anué; los montes Alduides y Quinto Real, desprendidos de la cordillera del Pirineo, los cuales se prolongan al oeste hasta el Baztán, cursados sin cesar por los pueblos fronterizos de Francia con motivo de la cuestión de límites; los montes del Cierzo, que dominan los términos de Tudela, Cascante, Monteagudo, Corella, Cintruénigo y Fitero; y por último la Sierra de Sarvil, al oeste de Pamplona, entre los valles de Echauri y Guesálaz, Goñi y Olo, y las cendeas de Oza, Olza y Zizur.

Otros montes, en parte eslabonados con los precedentes, debemos también mencionar, por los recuerdos anejos á ellos desde las calamitosas guerras civiles del presente siglo, y son: al sur de las sierras de Urbasa y Andía, las famosas Amescoas, la sierra de Lóquiz y la de Santa Cruz; al sur de Estella, Montejurra y Monjardín; al norte de la misma ciudad, Montemuru y la sierra de Iranzu que se prolonga hasta la Amescoa baja; al sur de Lácara, Lorca y Ciráqui, monte Esquinza; al sur de Puente la Reina, los altos de Mendigorriá y de Leciaga, y el monte de Artajona que sube al nordeste á juntarse con la sierra de Alaiz. Luégo, en toda la parte de levante de la provincia, desde

la frontera francesa hasta el Ebro hay multitud de sierras y montañas, muchas de las cuales, en la extensa merindad de Sangüesa, bajan perpendicularmente de norte á mediodía como gigantes flecos de la arrebuada faja pirenaica, ó diagonalmente unen estos ramales entre sí: tales son monte Urtiaga y monte Ade, la montaña Iratun, sierra de Labia, el puerto de Roncesvalles, la sierra de Areta, la montaña de Abodi, el pico de Aranzamendi, la sierra de Aldasudorra; los montes Lacuaga, Zalardoqui é Igordoqui, que por oeste y nordeste se internan en el famoso valle del Roncal; las sierras de Navascués, de Olate y de Leyre, que cortan con colosales barreras el terreno comprendido entre el río Salazar, la frontera de Aragón, el río de este nombre y el Irati; al poniente de este terreno y subiendo al noroeste hacia Pamplona, entre el río Izagaondoa y los valles de Lizoain y Egües, los montes de Izaga y Tajonar, y los cerros donde se encaramaron Cemborain y Aranguren. Finalmente, debajo de la línea que trazan el Izagaondoa y su prolongación hasta el río Irati, descuellan la sierra de San Pedro, monte Olaz, monte Andua y las dilatadas montañas de Orba, que vienen á unir la sierra de Alaiz con la llamada *Cantera de Vigus*, extremo meridional de la parte más montuosa de la merindad de Tafalla, cuyo lindero traza el caudaloso Aragón, que igualmente perfila los límites oeste y noroeste de las Bardenas de Cáseda y de las Bardenas reales.

Pero aunque hemos comparado la cordillera pirenaica del noroeste á un gigantesco bastión que presenta España á la Francia, no se crea que esta barrera de natural defensa, cuya línea se dirige por las cimas de aquellas montañas, está trazada por la naturaleza con regularidad; al contrario, las cúspides más altas de los Pirineos no pertenecen á su cresta central, sino que arrancan con frecuencia de las ramificaciones vecinas y de las sierras paralelas ó laterales. Por otra parte, hay picos de nuestros Pirineos que avanzan sobre los llanos franceses, y otros del Pirineo francés, como la Maladetta, la punta de Lardana y el

Mont-Perdu que se internan mucho en territorio español; y la línea de fronteras que corre por los puntos menos elevados del centro, ofrece también desviaciones é irregularidades: así, por ejemplo, los valles del Bidasoa y del Baztán y parte del de Luzaide, pertenecen al país vasco-español, aunque se hallan situados en la vertiente septentrional.— Á esta circunstancia se debe que tan á menudo hayan variado los límites entre ambas naciones, y que sea de todo punto arbitrario el principio según el cual se han trazado. De un mapa de Arsius, el primer obispo del Labourd, que floreció á fines del décimo siglo (en 980), se deduce que el valle del Baztán hasta el puerto de Velate, el valle de Lerin y el territorio de Hernani y San Sebastián hasta Santa María de Arost en Guipúzcoa, se hallaban entonces dentro de su diócesis. « Los Pirineos empiezan en el Ebro y terminan en el Adour », decían á los romanos los antiguos vascones. Injertos en sus rocas, según la pintoresca expresión de Floro, los éuskaros creían formar parte de ellas: no concebían que dando al olvido las identidades de raza, idioma, costumbres y tradiciones, el habitar al norte ó al mediodía de una montaña se alegase como razón suficiente para dividir políticamente pueblos que se tocan y confunden en la intersección de sus valles (1).

Los Pirineos occidentales alcanzan su elevación máxima en su punto de partida, entre los valles de Arán y de Ossau. El pico de Anie los domina: los navarros y los suletinos llaman á este pico *Ahunemendi* ó sea *montaña del cabrito*, y el mismo nombre aplican á toda la cordillera de los Pirineos. Mide *Ahunemendi* 1,200 toesas de elevación sobre el nivel del mar y conserva

(1) Esta observación pertenece al notable trabajo de M. Chaho sobre *Los Pirineos*, del cual hemos de tomar muy apreciables datos para nuestra tarea; mas debemos advertir que si bien podría alegarse esta observación como argumento en contra de una de las razones que á nuestros ojos justifican la conducta de Fernando el Católico con el reino de Navarra, cual era la conveniencia de señalar un límite natural á la Corona de España por el norte, ninguna fuerza tiene si se considera, como habrá podido echar de ver todo el que haya recorrido el Pirineo, que la división política y estratégica de las dos naciones es allí muy fácil de trazar.